

Leopoldo iba a dirigir a la hermana de Landeta algunas palabras, cuando se escucharon las primeras notas de la introducción de un aria que iba a cantar la desventurada Soledad.

Todos guardaron el más profundo silencio y se dispusieron a oír.

Leopoldo hizo una inclinación de cabeza a Inés y a Clotilde, y fué a sentarse en el sitio que ocupaban algunos jóvenes.

Desde allí podía tener fija la vista en el objeto de su profundo amor, de quien no apartaba los ojos.

Soledad, que estaba conmovida con el recuerdo de la ingratitud de Núñez, empezó a cantar con una expresión y un sentimiento que conmovían.

Todos la escuchaban admirados.

Todos, excepto el hombre único a quien ella hubiera querido agradar y conmover.

El hombre a quien juzgaba el más ingrato del mundo, y que, sin embargo, le amaba con todo su corazón.

Entre tanto, el canto era cada vez más tierno, cada vez más apasionado.

Clotilde y Leopoldo, conmovidos por aquella música expresiva, se miraban embriagados de amor.

¿Y Núñez? ¿Qué había sido de él? ¿Le había esperado, en efecto, el doctor, como había temido don Juan?

Hasta ahora sólo nos es permitido decir que al separarse de Leopoldo, satisfecho del sacrificio que hacía por Adela en renunciar al concierto, donde estaba la que él creía la exacta semejanza de ella, echó a andar al instante, acariciando dentro del bolsillo del sobretodo la pistola que le había dado don Juan, y que oprimía en la mano, dispuesto a hacer fuego sobre Willey, tan pronto como éste se le presentase.

¿Qué pasó después?

Los acontecimientos siguientes darán razón a la pregunta.

## CAPITULO VII

### Después del concierto

Clotilde y Leopoldo pasaron en el concierto las horas más felices de la vida.

Hablaron de sus penas, de sus esperanzas; renovaron sus juramentos de amor y se prometieron eterna felicidad.

También la hermosa Inés encontró un bálsamo consolador a sus penas, hablando de Ricardo con Leopoldo; de su esperanza en encontrarle; del amor tierno, constante y profundo que revelaba consagrarla en el cuaderno; en aquel cuaderno que le arrebataron de las manos una noche, y que desapareció más tarde del estudio de Leopoldo.

Poco antes de que terminase la tertulia, el joven pintor, para evitar que le viese don Emilio Landeta, se despidió sabiendo que éste debía llegar de un momento a otro por Inés y Clotilde, y se retiró a su casa, llevando en su corazón el consuelo que siente el hombre que ama con todas sus potencias, al saber que es amado de la misma manera.

Inés y Clotilde bendijeron interiormente la resolución de haber asistido al concierto, y se entregaron a los más risueños pensamientos para el porvenir.

Varias piezas se siguieron tocando por distintas señoritas y caballeros.

Soledad había cantado durante el concierto, dos arias más, una de «Sonámbula» y otra de «La Cantante», arrancando en ellas estrepitosos aplausos.

Sin embargo, estos triunfos estaban muy lejos de llenar el vacío de su corazón, ni de mitigar el dolor que le causó la creencia de que Núñez, el hombre a quien había tenido por el más leal y sincero de la tierra, le olvidaba por otra mujer a quien amaba ciegamente.

No queriendo dar crédito a lo que ella misma había oído, y aprovechando un instante en que Félix se sentó a su lado, en uno de los intervalos en que se servían los refrescos, se informó de la conversación que había tenido, no quedándole ya duda del cambio que se había operado en el corazón de su amante.

El convencimiento de la ingratitud con que eran recompensadas sus lágrimas y su fidelidad, desvaneció el átomo de consoladora esperanza que alumbraba su porvenir, como se desvanece el débil rayo de una solitaria estrella que brilla en medio del negro cielo cuando extiende su manto de espesas nubes la terrificada tempestad.

Las tiernas atenciones, las galanterías de los jóvenes, los aplausos de la concurrencia, fueron desde entonces para su corazón flores sin aroma y sin color, pues sólo tienen perfumes para un alma enamorada, las dulces palabras que salen de los preciosos labios del sér que se idolatra.

Al terminar el concierto, Soledad se retiró a su casa con el pecho prensado de pena y de dolor.

El señor Flan, que le había escuchado toda la noche enajenado de placer, le dirigió las más lisonjeras palabras de admiración durante el tiempo que el coche tardó en llegar a donde vivían.

Soledad recibió las palabras de su generoso protector con la amabilidad que en ella era genial, pero sin que halagasen su alma.

Félix marchaba en el mayor silencio.

Había llegado a saber, porque Soledad se lo había dicho, quién era el joven con quien había estado hablando sin conocerle, y a la vez que reconocía la justicia que abrigaba para amarle, y lamentaba su ingratitud, porque con ella desgarraba el corazón de la más pura de las mujeres, sentía cierta pena mezclada de tristeza por la preferencia que alcanzaba en el alma de la hechicera joven.

Félix quería persuadirse de que este sentimiento no reconocía por causa celos, y mucho menos la envidia del amor propio herido.

Examinaba su corazón; en él encontraba el noble deseo de que Núñez labrase la felicidad de la hermosa Soledad, a quien veía padecer; y, sin embargo, no quedaba tranquilo, porque en medio de aquel buen deseo encontraba algo que le reprendía, esa voz secreta que acompaña a todos los actos de la vida del hombre.

Félix estaba educado en la escuela de los rectos principios, y sabía muy bien que cuando la conciencia queda tranquila, el pensamiento o las obras quedan en pugna con el deber.

Esta doctrina, que para él era un axioma divino de inflexible origen, le obligó a meditar sobre lo poco satisfecha que de sí misma quedaba el alma, y encontró que aquel sentimiento que le causaba la preferencia dada por Soledad a Núñez, no era otra cosa que un germen de bastardos celos.

El convencimiento de esta verdad le puso triste.

Conoció que su cariño hacia la hechicera joven tenía algo de egoísta cuando él lo creyó desinteresado y sincero.

A robustecer esta idea vino la inquietud que en aquella misma noche habían despertado en su pecho algunas palabras que le dirigió el señor Flan, con respecto al mérito y virtudes de la que pasaba por su prima.

En ellas creyó traslucir que su principal consagraba a Soledad un amor profundo, y esta creencia le causó una violenta inquietud.

Félix procuró desterrar de su alma todo sentimiento de

envidia y de egoísmo; y dominado al fin por sus buenos instintos, consiguió tranquilizar su alma.

El coche, entre tanto, había llegado a la casa en que vivían.

Flan descendió de él, y al dar la mano para que bajase la simpática Soledad, le volvió a dirigir nuevas palabras de fina galantería.

La joven, al llegar frente a su habitación, se despidió de Félix y de su protector, y penetró a su alcoba, deseosa de arrojar en suspiros y lágrimas la pena que había contenido encerrada toda la noche dentro de su pecho.

—¡Que no me conoce!... ¡Que ama a otra!...—dijo, dejándose caer afligida sobre una silla, en cuanto se vió sola en su cuarto—. ¡Ah! ¿Qué le hecho yo, Dios mío, para que me desprecie..., para que me olvide..., para que así me haga padecer? ¿No le he amado siempre con todo mi corazón? ¿No ha sido él siempre mi pensamiento y mi vida? ¿No he dejado hasta mi nombre para substraerme a las pesquisas de mis raptos y vivir oculta para él? ¡Para él sólo, que me abandona!... ¡Para él sólo, que finge desconocerme!... ¡Para él, que me desprecia!... ¡Despreciarme!... ¡Dios mío, Dios mío!... ¡Esto es horrible!... ¡Pero yo le perdono lo injusto que es conmigo!... ¡Sí..., yo le perdono todo lo que me hace padecer!... ¡Todo lo que me hace sufrir, todo lo que me hace llorar!... ¿Se puede, acaso, dejar de perdonar a quien se ama?

Y los suspiros embargaron la voz de la infeliz; levantó sus azules y grandes ojos al cielo demandando compasión, y las lágrimas corrían en abundancia por su apacible, melancólico y angélico semblante.

Pero entre tanto que ella sufre y padece sin descanso, en tanto que desahoga el dolor que oprime en amoroso llanto, ocupémonos de uno de los personajes que vimos concurrir al concierto y que desapareció de él antes de que se anunciara ninguna pieza.

Este personaje era Willey.

Había prometido no remitir a la suerte de las armas la satisfacción de la ofensa que le infirió Núñez; y, sin embargo, poco escrupuloso para creerse olvidado a cumplir su palabra, salió sin ser visto del dueño de la casa, sediento de sangre del que había osado desmentirle públicamente.

A Willey le sobraba valor para batirse cuerpo a cuerpo; pero se pagaba muy poco de la palabra honor que prescribe la manera hidalga y noble de luchar con el contrario: así es que para él todos los medios eran buenos si condu-

cían al fin que se proponía; y en consecuencia, nunca recurría a las reglas establecidas por los hombres para el duelo, sino después de haber tentado todas las del dolo y de la traición.

Consecuente con este principio, su pensamiento fué deshacerse de su contrario de la manera más segura y menos peligrosa para él.

Deseaba la muerte de Núñez y había resuelto que fuese en aquella misma noche, no sólo por la humillación que le obligó a pasar delante de una numerosa concurrencia, sino porque tenía informes de que a él se debía que Leopoldo no hubiese perecido la noche de la cita en el jardín y la herida recibida por Duval; circunstancia que trastornó el plan combinado y que les detuvo en el país cuando debían hallarse ya en salvo en Europa, disfrutando tranquilamente de sus inmensas riquezas.

Conoció, pues, que Núñez sería en lo sucesivo un obstáculo para la realización de los planes de Duval, y que era preciso destruirlo a todo trance.

Además, preciso es decirlo, el doctor odiaba a Núñez, porque en todas partes escuchaba los elogios que hacían de su mérito, y la envidia le constituía siempre en enemigo de todo aquel que alcanzaba el aprecio de la sociedad que él frecuentaba.

Sí, el doctor odiaba a Núñez; y le hubiera odiado doblemente a saber que había sido el prometido esposo de Adela; porque aquel hombre odiaba a todos los que eran amados de las hermosas que a él le aborrecían.

Ya hemos dicho antes, que Soledad había sido robada, lo mismo que Luz, la noche víspera de su casamiento.

Falta, pues, decir, únicamente, que sus raptos fueron enviados por Willey.

La manera de haberse salvado Adela del poder de su enemigo y de hallarse en casa de Félix bajo el nombre de Soledad, lo sabrá el lector a su debido tiempo.

Bástenos saber por ahora que el doctor anhelaba deshacerse de Núñez, y que decretó interiormente su muerte al salir del concierto.

Para llevar a buen término su idea, se acordó de los que le habían ayudado al rapto de la desgraciada Luz; pero pronto tuvo que desistir de ella.

Reflexionó que si les había encontrado dispuestos para una intriga amorosa, no les hallaría para un asesinato, que podía comprometerles.

Además, tenía demasiado orgullo; y pedirles ayuda para

asaltar a un hombre solo, hubiera sido darles lugar a que le tuviesen por un cobarde.

—No—dijo, después de meditar detenidamente—; el único testigo de los lances de muerte, es la soledad de la noche. El mejor amigo puede convertirse en delator. Por fortuna vengo bien armado, y él no debe estar prevenido. ¿Qué tengo que temer? Nadie transita por la calle..., los serenos se hallan a gran distancia, y, además, duermen como la población entera... Despertarán a la detonación de un tiro; pero cuando acudan al sitio de la escena, sólo encontrarán un cadáver, pues yo habré ya desaparecido.

Halagado con este sangriento pensamiento, se puso a pasear en las Cadenas del costado de la Catedral, enfrente de la casa en que tenía lugar el concierto, y sin perder de vista la puerta que daba a la calle, en espera de que la abriesen.

La noche estaba apacible, como borrascoso su corazón.

Las estrellas titilaban como límpidos brillantes montados en el éter, bordando la espléndida alfombra del Eterno.

La atmósfera parecía cubierta de un polvillo de oro, que formaba bellísima armonía con la plateada luz que bañaba el azulado cielo.

La blanca luna resbalaba suavemente sus tibios rayos por entre los verdes árboles que embellecen el agradable paseo de las Cadenas, meciendo el aura de sus frescas y sonantes hojas con agradable murmullo.

Todo respiraba calma y dulzura en aquel recinto.

La naturaleza reposaba tranquila, y el mundo se deslizaba rodando silencioso en los brillantes ejes de la Suprema voluntad, con la suave dulzura de un blanco cisne sobre las dormidas aguas de un apacible lago.

Todo era silencio y armonía. Ni un alma transitaba por aquel solitario sitio. Parecía que el mundo acababa de salir dulce y tranquilo del divino pensamiento del Creador. Nada se presentaba a la vista que desarmonizase el bello conjunto que presentaba la creación.

Sólo Willey, con sus inicuos pensamientos, con su desaparecible rostro, donde se veían impresos los rencores y el odio de su perverso corazón, contrastaba con el celestial reposo que envolvía la misteriosa noche. Era el genio del Mal en medio del Paraíso. Cansado de esperar, paseándose de un lado a otro, se dirigió hacia uno de los bancos de piedra que adornan aquel sitio, y se sentó debajo de un copudo árbol, enfrente del edificio.

Pocos minutos permaneció de aquella manera; su impaciencia no le permitía guardar mucho tiempo una misma postura.

A los pocos instantes volvió a levantarse y a dar nuevos paseos, deteniéndose a cada paso, para ver si alguien salía de la casa del concierto.

Wiley hizo un gesto de impaciencia, y exclamó interiormente:

—¡Cuánto tarda!...

Y esperó otro instante en el mismo lugar.

En seguida, creyendo que la hora crítica estaba próxima, cruzó la espaciosa calle, dirigiéndose al callejón de Mecateros, que está enfrente.

El sitio no podía ser más favorable a su intento. La casa en que se celebraba el concierto se hallaba muy cerca del estrecho callejón que acabamos de nombrar, por cuya boca era preciso que pasase Núñez para llegar a la calle de Tacuba, donde vivía.

Oculto, pues, en la esquina de Mecateros, que divide la calle del Empedradillo, y asomando con frecuencia y precaución la cabeza, esperó con el afán con que el ladrón espera a su víctima.

De repente le pareció oír el ruido de una cadena que quitaban por dentro de una puerta; aplicó el oído poco a poco, oyó distintamente abrirse la puerta y la voz de un hombre.

El doctor miró con cuidado, y reconoció a su antagonista.

—¡Llegó el momento de mi venganza!—dijo para sí, acarició con la mano derecha un agudo puñal que sacó del pecho, en tanto que preparaba con la izquierda una pistola giratoria—. Si no basta el acero, el plomo pondrá fin a la obra.

Al concluir estas palabras asomó la cabeza por la esquina, y vió que Núñez hablaba con Leopoldo, a quien no reconoció.

Esta tardanza le impacientó sobremanera.

—Aguardaremos—dijo entre dientes, y esperó.

Pasado un instante volvió a asomar la cabeza, y vió que Núñez se despedía de su interlocutor.

—¡Bueno! ¡Ya viene!—exclamó interiormente, y aguardó conteniendo la respiración y pegándose a la pared, a que su descuidado enemigo pasara.

Los pasos de Núñez se oían ya muy cerca.

Wiley dejó asomar a su rostro la sonrisa de los réprobos, preparó el puñal, y dispuso la pistola.

Las pisadas de Núñez se dejaron escuchar muy inmediatas.

De repente se dibujó su sombra en la esquina, en que estaba oculto Wiley.

Esta fué la señal de aviso para el doctor, que levantó el brazo armado de puñal.

Núñez había dado dos pasos sin ver a su contrario, se arrojó de repente sobre él, sin darle tiempo a que le viese.

El puñal brilló en el aire, bañado por la luna, y un grito y la detonación de una pistola se escucharon en seguida.

## CAPITULO VIII

### La prisión

Pálida, triste y abatida, sentada en una humilde silla, apoyado el codo de su torneado brazo en una pobre mesa, y reclinada la hermosa cabeza en la palma de su blanca mano, se ve a una joven sola y sin consuelo en medio de una lúgubre pieza.

De sus apacibles y azules ojos, abundantes lágrimas que descenden por su melancólico semblante, como otras tantas gotas de rocío por el suave pétalo del apacible lirio. Sus virginales labios, humedecidos por su propio llanto, se abren suavemente para exhalar en hondos suspiros la encerrada pena que le oprime y desgarrá el pecho; un vestido blanco, de elegante hechura, aunque sencillo, envuelve las redondas formas de su flexible cuerpo, gentil como las palmeras de los trópicos, y flexible como el mimbre de los ríos.

Una vela colocada en una palmatoria de latón, arde sobre la mesa en que está apoyada, enviando una luz opaca y moribunda por aquel recinto, cuyas descaradas paredes denuncian los estragos del tiempo y la incuria de los hombres. Una cama, bastante decente y cómoda, ocupaba uno de los rincones del cuarto, y otra silla colocada al lado de ella, completaban el adorno de aquella reducida habitación, que no recibe de día otra luz que la que entra por una estrecha y alta ventana, abierta cerca del techo, y asegurada con rejas de fierro.

La puerta única que tenía comunicación con el lúgubre recinto que describimos, era de madera de cedro, tosca y gruesa, y se encontraba cerrada por fuera con llave y duros cerrojos.

Al ver a aquella joven, hermosa como el ensueño de la felicidad, melancólica y apacible como los dulces recuerdos de la infancia, blanca y misteriosa como el tibio rayo de la luna que penetraba en aquel instante por las espesas re-

jas de la alta ventana, envuelta en su cándido ropaje, revelando en su frente la pureza de los ángeles, y en su dulce mirada la resignación de los mártires, cualquiera le hubiese creído el numen de la Esperanza, vislumbrando al través de los tiempos la angélica felicidad reservada tras luengo padecer a la virtud.

Todo respiraba allí tristeza y dolor. Nada interrumpía el silencioso recogimiento de la hermosa. La vela, ardiendo abandonada, ostentaba un enorme pábilo que hacía opaca y pavorosa la escasa luz que despedía, dejando envuelto en vagarosas sombras los ángulos de la pieza.

Tan bella, y en aquella actitud dulce y meditabunda, en medio de la soledad y del silencio, semejava la melancólica joven a la compasiva Oki, diosa encargada de la custodia de los muertos.

De repente exhaló un suspiro, levantó la cabeza lánguidamente, elevó al cielo los ojos bañados en lágrimas, y exclamó con el acento más tierno y doloroso:

—¡Si has dispuesto que sufra, Dios mío, dame fuerzas para soportar el peso de mi desgracia y preferir la muerte a la deshonra!... ¡No me retires tu protección para que cuando te dignes sacarme del poder de mi enemigo, me encuentre digna del amor del hombre que idolatro!... ¡Ah! ¿Cuándo le volveré a ver? ¿Cuándo podré calmar la inquietud en que sin duda se encuentra su alma, desde que me arrancaron de su lado? ¡Tal vez no ha podido soportar el dolor!... ¡Tal vez ha muerto de pesar!... ¡Me amaba tanto!... ¡Morir por él!... ¡Pero no!... ¡No mata el pesar cuando vivo yo!... ¡Yo que sufro como ninguna otra mujer sufre en la tierra!... ¡Arrancada violentamente de la casa de mis padres!... ¡Separada del sér que amaba y amo más que mi propia vida!... ¡Encarcelada bajo el poder de un hombre que proyecta mi deshonra!... ¡Sedienta de agua, porque temo que en ella me sirvan mi infamia!... ¡Oh!... Sí... ¡Mi situación es espantosa! Pero nací mujer..., ¡y la mujer está visto que nació para padecer!... ¡Para ser el blanco de las asechanzas del hombre malvado que se cree con derecho para que le amemos, para que no opongamos resistencia a sus deseos..., para que seamos sus siervas..., sus esclavas!... ¡La mujer!... ¡Débil flor colocada en el desierto arenal del mundo, no tiene derecho ni aun para inclinarse al sol que adora, al sol que le da vida, porque el primer viajero que la codicie la arrancará sin piedad de aquel delicioso sitio en que vivía por su amor y para su amor!...

Y los suspiros embargaron la voz de la infeliz.

Sus hermosos ojos, que habían estado fijos en el cielo, se inclinaron al suelo llenos de lágrimas, que rodaron blandamente sobre su blanco vestido.

—¡Oh! ¡Yo me muero de sed!...—añadió después de un instante de silencio—. ¡Dos días sin acercarse a mis secos labios una gota de agua!... ¡Sí..., dos días! ¡Porque en la que me han servido he temido encontrar la infamia!... Pero, ¡ah!..., ¡la sed es el tormento de los condenados! ¡Qué haré, Dios mío, para mitigarla! ¡En vano devorada por su abrasador fuego, me he subido a esa ventana para pedir un poco de agua!... ¡Nadie me ha visto!... ¡Estoy separada del mundo! ¡Y nadie, por lo mismo, sabe que muero con las entrañas secas por la sed!...

Y el llanto volvió a correr por su pálido semblante hasta descender a sus secos y sedientos labios.

Poco a poco su dolor fué dulcificándose bajo la influencia de la religión, de la esperanza. Las lágrimas fueron siendo menos abundantes. Los sollozos menos continuos. Su respiración menos agitada.

Pasados algunos instantes, todo volvió a quedar en un sepulcral silencio.

Parecía que la joven había dejado de padecer, y que un consuelo divino, el de la oración, embalsamaba su alma.

Y es que la mujer supera al hombre en resignación, en fuerza moral y en abnegación.

El ruido de una llave y de varios cerrojos, hirieron en aquel momento el oído de la presa, que se estremeció, a su pesar, y se puso pálida como la muerte.

Sus ojos se fijaron espantados en la puerta, que permanecía cerrada.

Su corazón latía con fuerza dentro del pecho, y un frío glacial discurrió por todos sus miembros.

Poco después la puerta giró sobre sus goznes, dando entrada a una mujer como de cuarenta años, robusta, de aspecto severo, de facciones toscas y bruscos modales.

Su traje y su fisonomía indicaban, a primera vista, que no había nacido en el mundo descubierto por Colón.

Era de rostro ancho y colorado, de mejillas redondas y encarnadas, de nariz gruesa y algo arremangada, sus ojos claros, vivos y pequeños, de boca grande y delgados labios; sus dientes eran grandes y separados y su frente chica y poco noble.

Cubría su cabeza una cofia, por debajo de la cual se le asomaban unos cuantos cabellos azafranados; llevaba un vestido de indiana color café con flores blancas, cerrado hasta

el pescuezo, de manga corta, de poco vuelo y que apenas le llegaba a la garganta de los pies.

Estos, que eran de grandes dimensiones y algo metidos hacia adentro, los llevaba calzados con zapatos de orillo de gruesa suela. Un delantal blanco y limpio, con enormes bolsillos, pendía de su ancha cintura, y un pañuelo de algodón de listas cubría su cuello. Sus brazos eran gruesos y nervudos, pero mal formados; sus manos grandes, coloradas y ásperas, y todo su cuerpo tosco y mal formado.

—¡Buenas noches!—dijo, dulcificando cuanto le fué posible su acento, naturalmente brusco—. Aquí le traigo a usted la cena.

—¡La cena!...—contestó la joven, retirándose un poco de la mesa para que la carcelera pusiese sobre ella el mantel—. ¡Más valiera que me dejase morir que alimentarme, para pasar una vida de penas y de llanto!...

—Vamos, niña—dijo la mujer en mal castellano y con acento extranjero—. No se deje usted dominar por esas ideas. ¡Desear la muerte!... Y todo, ¿porque no está usted al lado del hombre que amaba? Pero, ¿no está usted, en cambio, al lado de otro que se muere por usted?...

—¡Willey!...—exclamó la joven horrorizada.

—¿Se estremece usted? Pues no tiene usted motivo para ello. Estoy segura de que el otro no le amará a usted como le ama el doctor. ¡Vamos, usted puede ser muy feliz aún, si quiere serlo!

—¡Feliz cuando me han separado de todas las personas que constituían el bien supremo de la vida!... ¡Ah! ¡No me hable usted, por favor, de felicidad, cuando gravita horriblemente sobre mí el peso de la desgracia!

—¡La desgracia!... Eh, la desgracia no es tan grande como usted se la supone. Si usted trata al doctor con menos aspereza de la que le ha tratado hasta aquí, estoy segura de que en vez de este oscuro y estrecho cuarto, tendrá usted una suntuosa casa, espléndidamente adornada, rico carruaje y diversiones sin número. ¡Vamos!—añadió acabando de poner la mesa—. Reciba usted mi consejo..., un poco de amabilidad con él..., un poco de ternura, y le tendrá usted más manso que un cordero.

—¡Nunca!...—exclamó con dignidad la joven.

—¡Vamos, piénselo usted bien!... Yo le dejo a usted sola para que cene y lo medite.

—Lo he meditado ya.

—Otro poquito más.

—Es inútil.

—Lo entiendo. Me dirá usted que le repugna, que le detesta, que le odia al hombre que intenta alcanzar por medio del rigor lo que no pudo por la voluntad. Convengo; al principio tendrá usted que hacer violencia a sus principios, y que luchar contra su inclinación, contra su conciencia quizás; pero yo le aseguro a usted que esa repugnancia y esa antipatía duran sólo los primeros días, después...

—En mí durarán cuanto dure mi vida—contestó la hermosa, interrumpiéndole.

—Tanto peor para usted, querida joven; tanto peor para usted.

—¡Ah, señora, nadie como usted, que pertenece a mi sexo, debe conocer el corazón de la mujer!

—Por lo mismo que le conozco, hija mía, sé que es dócil, capaz de la mayor abnegación, de todos los sacrificios.

—¡Sí! ¡Es verdad!... Pero las personas amadas..., por las personas que con sus nobles acciones se han captado nuestro aprecio..., se han atraído nuestra voluntad..., se han conquistado el amor de nuestra alma...

—También en la conducta del doctor hay su mérito; el amor sin límites hacia usted, que por todo atropella, que en nada se detiene, que allana los obstáculos; amor impetuoso y ciego que arrastra como un torrente cuanto se le pone al paso, pero que si se llega a ceder a él sin violencia, se convertirá en un dulce y tranquilo arroyo que se deslizará murmurando sobre un lecho de esmaltadas flores, y al cual podrá usted dar la dirección que le convenga.

—¡Ah!... Veo que se interesa usted más de lo que yo quisiera por ese hombre—dijo la joven con tristeza—. ¡Que tiene usted tanto empeño como él en que yo corresponda a su infernal pasión!...

—Ciertamente que sí; le debo al doctor, entre otras cosas, la vida, que me salvó de una enfermedad en que todos los médicos me habían desahuciado; le veo padecer sin descanso por usted, y quisiera que concluyesen sus tormentos.

—¡Y para que él sea feliz, se me quiere sacrificar!...

—¡Qué quiere usted!... A él se lo debo todo; y de usted, hasta ahora, no he recibido más que negativas y resistencia.

—¡Ah!... ¡Cómo quiere usted que capitule con mi infamia!... Si es cierto que nada me debe hasta hoy, yo le suplico que me saque de este sitio, y me deberá su porvenir y su fortuna. ¡Sí..., porque mis padres son ricos, y nada le negarán a la mujer que les devuelva su hija!...

Y la joven estrechó con vehemencia la mano de su carcelera, que se quedó mirándola sin saber qué responder.

—¡Ah!...—continuó la afligida joven, interpretando favorablemente aquel silencio—. ¡No desoiga usted la voz del desgraciado!... ¡Su corazón de usted es generoso!... ¡Sí!... ¡Las consideraciones con que usted me ha tratado, me dicen que su alma es tierna y compasiva, justa y benévola!...

—Pero aun cuando así sea—respondió la mujer, dominando, en efecto, un sentimiento de compasión, extraño en ella—, ¿qué puedo yo hacer por usted?... Nada... Nada más que compadecerla. Obrar de otra manera, sería faltar a la confianza que ha depositado en mí el hombre que me salvó la vida.

—Pero...

—Nada..., nada—replicó, revistiéndose de severidad y desviando de la suya la mano de la joven—. Yo le aconsejo a usted que venza su repugnancia..., que corresponda el cariño de Willey, y que al labrar la felicidad de él, labre usted la suya propia. Adiós.

Y sin esperar a que la joven le contestase, salió de la pieza, cerrando tras sí la puerta, y echándole la llave y los cerrojos.

La infeliz presa conoció que no tenía otro amparo que el de Dios.

Comprendió que ningún favor debía esperar de aquella mujer que era ciega ejecutora de las instrucciones del doctor.

Cierto es que no le trataba con la aspereza de una carcelera; pero, ¿de qué le servía su mayor amabilidad, si en cambio trataba con sus diarias amonestaciones al llevarle la comida de convencerla a que correspondiese al amor de su infame raptor?

Por eso nunca se había atrevido a hacerle ninguna pregunta con respecto al recelo que abrigaba de que en el agua que le llevaban le servían su deshonra.

Le abrasaba una sed devoradora; pero la sufría sin quejarse para no despertar sospechas que empeorasen su lamentable situación.

Al verse sola, la infeliz se acercó a la mesa; pero en vez de servirse de lo que iba en los platos, se abalanzó sobre una botella de bruido cristal que hacía más apetitosa el agua cristalina que contenía.

A la vista del precioso líquido, su sed pareció aumentarse; sus secas fauces se pegaron al paladar, y la resequedad de sus labios se hizo extrema.

La joven estuvo contemplando con imponderable avidez

aquella agua deliciosa, de la cual, por cada gota hubiera dado diez años de su vida.

Ansiaba acercarla a sus labios como el febricitante el hielo que refresque su abrasada boca; pero la contenía el temor de beber en ella su deshonra.

Había leído que en circunstancias iguales a las suyas, se habían valido otros del narcótico vertido en el agua para triunfar infamemente de la virtud de sus víctimas, y temió que el doctor se hubiese valido de aquel reprobado medio para conseguir sus inicuos fines.

Pero su sed era cada vez más fuerte..., cada vez más intensa...

Cierto es—pensaba la infeliz—que otros se han servido de los narcóticos; pero, ¿quiere decir esto que todos hayan echado mano de ellos para triunfar de la virtud? ¿Al lado de los primeros no había otros mil casos en que habían remitido a los padecimientos y al tiempo la capitulación de sus víctimas? ¿Por qué no sería ella una de las últimas?

Este raciocinio que halagaba su deseo y su necesidad, le infundió alguna confianza.

Ansiaba beber para refrescar sus abrasadas entrañas, que parecían devoradas por un fuego abrasador.

Hasta el día anterior habían caído de noche fuertes aguaceros, y subiéndose a la ventana, provista de una taza que había logrado ocultar, pudo satisfacer su imperiosa necesidad, después de arrojar por la misma ventana el agua que contenía la botella, para que creyesen que la había bebido.

Pero hacía ya dos días que el cielo estaba sereno; dos días que no acercaba a sus labios el precioso líquido.

Su lengua estaba enteramente blanca. Sus labios pálidos y secos.

La joven vaciló otro instante entre el temor y la ligera confianza que le había halagado; pero su sed era insoportable, y su mano, apoderándose violentamente de la botella, llenó el vaso del cristalino líquido.

El ruido que hacía el agua al caer, aumentó su ansiedad y su deseo de satisfacer su imperiosa necesidad.

Tomó el vaso con avidez, y al sentir en sus dedos el frío que el agua comunicaba al cristal, brillaron sus ojos de placer.

Anhelante y ciega, fué a apurar el anhelado contenido; pero al llevarlo a sus labios se detuvo asustada, herida otra vez por el temor de que contuviese su perdición.

Entonces se presentó a su imaginación la odiosa figura de Willey, con su frenético y maldecido amor, con toda la de-

formidad de su crimen y de sus bastardos deseos; el sentimiento y el dolor de su amante al verla envilecida; y, por último, su vergüenza propia y su oprobio.

Pero era terrible renunciar al placer de calmar la sed que le consumía.

Tenía en su mano, cerca de sus labios, el remedio a sus padecimientos físicos... Para renunciar a la dicha de saciar su sed, no tenía más que una sospecha, pero no una convicción... ¿Qué hacer?

La necesidad empezó a triunfar de los recelos... La joven llevó a sus secos labios el anhelado líquido... La frescura del agua excitó más su ansiedad. Su razón declinó sus fueros al imperio de la exigente naturaleza. ¡La infeliz bebió!...

Pero como si despertase de repente al grito de su honor amenazado, detuvo el agua en la boca, y horrorizada de lo que le podría acontecer en caso de contener el agua algún narcótico, la arrojó al suelo sin llegar a tragar ni una sola gota.

—¡Antes morir que poner en peligro mi honor!...—exclamó con resolución heroica, y antes de que se viese obligada a sostener nueva lucha entre su necesidad y sus temores, quitó cuanto había sobre la mesa, colocó ésta debajo de la ventana, puso sobre ella una silla, y subiendo en ella arrojó a una pequeña pradera todo el líquido que contenía la botella.

Entonces dirigió los ojos hacia unas casas bajas que se descubrían enfrente, y a favor de la luna, descubrió a una hermosa mujer que se hallaba sentada en la puerta de su modesta vivienda.

La vista de una persona de su sexo, reanimó la esperanza de ser socorrida; y alentada con esta idea, bajó a coger la vela que ardía en la palmatoria, y poco después se volvió a presentar con la luz en la ventana, haciendo señas de que tenía sed.

La mujer, que no era otra que la preceptora Amalia, al fijar la vista en la luz y en la joven, corrió, como hemos visto en otro capítulo, a comunicar aquel acontecimiento a su vecina Elisa.

El lector sabe el interés que despertó en el noble corazón de la excelente maestra la presencia de la hermosa presa, y cómo se apresuró a proporcionarle el agua que le pedía.

La desdichada joven, al recibir el cristalino líquido se apartó de la reja, y apuró de un solo trago cuanto tenía

la botella, sintiendo renacer su fuerza y su vigor, como las secas flores recobran su lozanía y el brillo de sus preciosos pétalos al benéfico rocío de la aurora.

Satisfecha de su primera necesidad, volvió a bajar la cuerda, suplicando que le envasen más agua, como lo hicieron, juzgándola ya loca.

La presa, al recibir por segunda vez el precioso don, lo vació en la taza que tenía oculta; y cuando vió que la preceptora, después de despedirse de Elisa, se dirigía hacia su vivienda, volvió a bajar la botella, y dando las gracias por el inapreciable favor que se le había hecho, bajó de la ventana antes que alguno la sorprendiera, quitó la silla, colocó la mesa en el sitio de costumbre, puso los platos en el orden que los había dejado la carcelera, se sentó más tranquila, comió alguna cosa, y remitió a Dios la defensa de su virtud.

La carcelera, entre tanto, había abierto el balcón que daba a la calle y permanecía en espera de alguna persona.

Era la misma noche en que el doctor Willey trató de deshacerse de su contrario Núñez, cuando éste salió del concierto.

La ciudad descansaba en profundo silencio, las puertas de los zaguanes estaban cerradas, y luz ninguna se veía al través de las ventanas de los edificios.

El reloj marcó una hora avanzada, y la mujer hizo un gesto de impaciencia.

—¡Cuánto tarda el doctor!—dijo, dirigiendo la vista a la esquina de la calle—. ¡Si le habrá sucedido algo!... ¡Se encuentra tan retirado este barrio, y hay tan mala gente! ¡Y empeñado en venir tarde para que nadie le vea entrar a ver a su encarcelada!... ¡Pero hoy tarda más que otras veces! ¡Empiezo a temer una desgracia!...

El bulto de un hombre apareció en aquel momento al desembocar la calle.

La que esperaba abrió cuanto pudo los ojos para ver quién era.

El bulto se fué aproximando a paso veloz.

—¡El es!...—dijo poco después la que esperaba.

El hombre se acercó hasta llegar debajo del balcón, y se detuvo mirando a la que estaba en él.

—¿Eres Eugenia?—dijo en voz baja desde abajo.

—Sí, señor Willey, yo, que estaba con cuidado al ver que se tardaba usted más de lo acostumbrado.

—¿Están durmiendo todos los de la vecindad?

—Todos.



—¿Y la casera, doña Anita?

—También la casera.

—Echa la escala.

—Allá va—dijo la mujer, y dejó caer una escala de cuerda después de afianzarla en el barandal.

El doctor subió por ella con asombrosa prontitud, y penetró en la sala, cerrando tras sí el balcón.

—¿Y la hermosa Luz?—preguntó al entrar.

—En su prisión.

—¿Le llevaste de cenar?

—Sí, señor.

—¿Y echaste en el agua más dosis de narcótico que otras veces?

—La que usted mismo me señaló.

—Bueno; en ese caso, hoy es imposible que salga fallido mi deseo.

—Lo mismo ha dicho usted las noches anteriores, y lo cierto es que el narcótico no le ha hecho efecto ninguno; sin duda estaba acostumbrada a tomar opio, o su naturaleza es más fuerte que la de todos.

—Muy bien puede ser lo primero.

—Pero, ¿qué tiene usted en la mano?—exclamó la carcelera, fijando la vista en su interlocutor—. ¡La trae usted llena de sangre!... ¿Ha tenido usted algún duelo? ¿Se ha tenido usted que defender de algún asesino?

—Nada..., no es nada...—contestó el doctor, tratando de disimular su conmoción—. Voy al cuarto de la hermosa Luz, para ver si hoy soy más feliz que los días anteriores.

Y Willey, temiendo que le hiciese nuevas preguntas la curiosa mujer, se alejó al instante, y se dirigió al cuarto de la desventurada presa, acariciando la esperanza de ver premiado su amor.

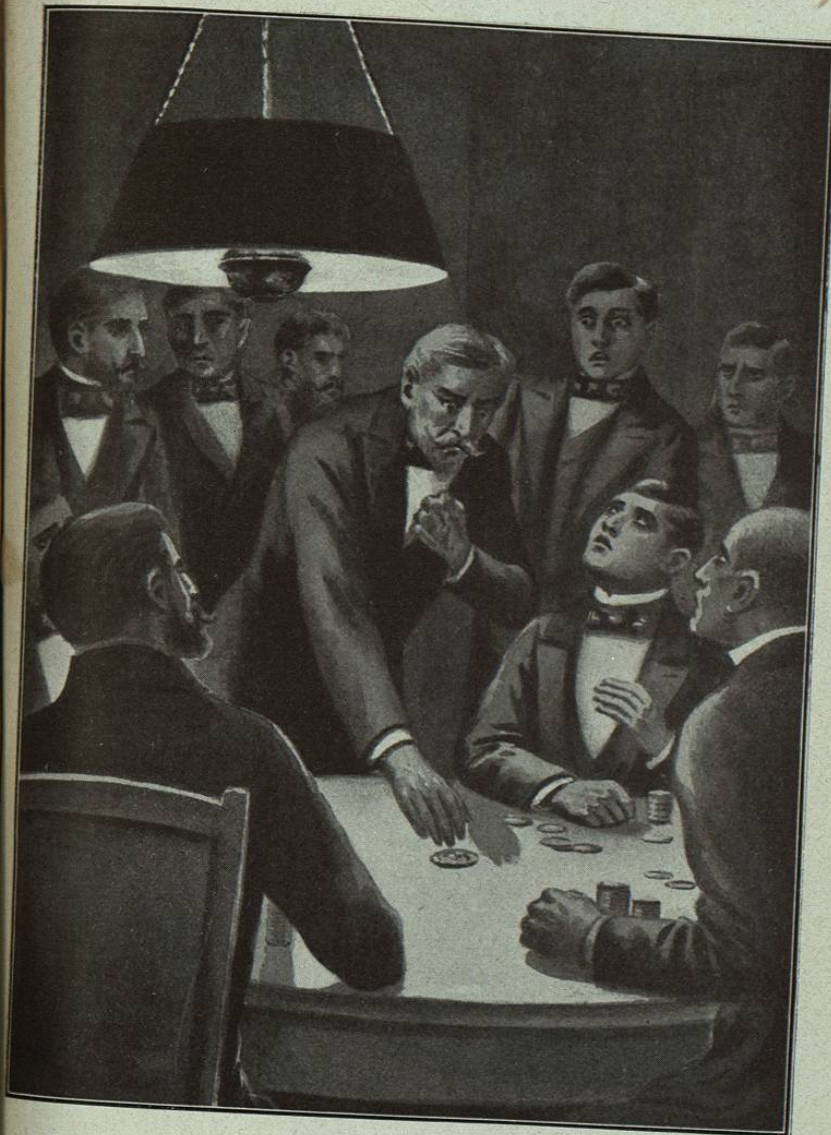
—¿De qué será esa sangre?—pensó para sí la carcelera, al ver marchar a Willey—. No; pues algo debe haberle pasado esta noche al doctor, porque no ha venido muy tranquilo. ¿Habrá tenido algún encuentro con algún enemigo personal, y le habrá matado?

Y la mujer quedó pensativa.

En cuanto a nuestros lectores, todos saben que Willey no había tenido aquella noche otra escena que la que él mismo había dispuesto en el callejón de Mecateros para asesinarle.

El lector vió allí vibrar un puñal y casi a la vez escuchó la detonación de una pistola.

¿Qué había, pues, sucedido?



—¡Esta prenda no puede ser jugada!... ¡Es la imagen de la mujer que dió la vida al infame que la juega!...

(Página 566.—Tomo I.)

El doctor, como acabamos de ver, llegaba a su casa sin haber sucumbido, y con la mano tinta en sangre.  
¿Qué había sido de Núñez?

## CAPITULO IX

## La feria de Tlalpan

Han transcurrido algunas horas desde que vimos al doctor dirigirse a la prisión en que gemía la desdichada Luz. El sol del nuevo día se había presentado claro y esplendente.

Sus primeros rayos sorprendieron a don Diego, al esposo de Elisa, revisando un plan de juego que había concebido, según él, para ganar siempre.

Después arregló todo para su marcha, y dueño del dinero que acababa de entregar a su esposa un criado de parte de la hermosa Clotilde, salió de su casa con el corazón henchido de placer y de esperanza, se metió en un ómnibus, y acariciando en su imaginación mil bellísimos proyectos para el porvenir, partió para Tlalpan, seguro del feliz éxito de su empresa.

Dejémosle, pues, caminando engolfado en un océano de risueñas ilusiones y ocupémonos, entre tanto, en dar a conocer al lector el pintoresco sitio a que se dirige, y uno de los más animados y deliciosos en los alegres días en que nos encuentra nuestra historia.

Después de Tacubaya, que debe considerarse como el Aranjuez de México, el pueblo de más importancia de los que rodean a la hermosa capital del antiguo azteca, es «San Agustín de las Cuevas», que aun conserva el nombre primitivo de «Tlalpan», que tuvo antes de la conquista, y que en mexicano quiere decir: «tierra arriba».

Su situación es de las más poéticas.

Hermosas haciendas en donde se dan en abundancia el trigo, el maíz y la cebada, se extienden a sus pies; riquísimas huertas cubiertas de árboles frutales, la engalanan; espaciosas calzadas, orilladas de frondosos álamos, le ponen en comunicación con la grandiosa capital de México, y cristalineros manantiales de agua, como el llamado «Ojo del Niño», la fertilizan.

Pero no es de su frondosidad ni de su deliciosa posición, de las que me voy a ocupar en este instante, sino del ri-